

cionado, cual todos los niños, así á uniformes como á espectáculos militares. Y que solamente la condujo tan baladí móvil, quieren demostrarlo con recordar que no fueron al teatro, y escenario desde la primera hora del cumplimiento de su acuerdo, que fueron á un palco recatadísimo y cubierto de celosías. Pero no pueden por manera ninguna negar que los guardias desatendieron el recato de los Reyes, demandando con voces descompuestas bajasen á la mesa, y bajaron; que, irrespetuosos, algunos subtenientes, pusieron ó enarbolaron banderas blancas, compuestas de sus pañuelos de bolsillo en las conteras de sus bastones; que relucieron las espadas extraídas de las bainas y relumbrantes á la luz, bajo el pretexto de salvar y defender á quienes por aquel momento ne corrían peligro alguno; que la Reina, después de haber provocado el entusiasmo con su visita, lo mantuvo, mostrando el infeliz delfín como prenda de su pacto y concordia con el ejército; que los asistentes fueron, después de retirados los reyes, al patio del palacio, donde bailaron; entre los efluvios de un entusiasmo absolutista; verdaderamente amenazador al Congreso constituyente y á la nación soberana. ¡Cómo desconocían los Reyes su época!

La época era de esas épocas revolucionarias, es decir, una de esas estaciones de las sociedades humanas apenas explicables para quien no haya visto sus fenómenos con los propios ojos y no haya sentido su calor en la propia sangre. Las ideas abstrusas descienden por procedimientos invisibles á las muchedumbres ignaras, como los rayos del cielo á las entrañas del planeta. Las voluntades individuales, en todo tiempo discordes, se juntan y se identifican y se mueven y se deciden y se manifiestan y se cumplen como si pertenecieran á un solo espíritu. Desaparece por ensalmo el egoísmo de cada cual en el entusiasmo de todos. Los trabajos domésticos se suspenden casi. La nación entera toma el lugar de la familia. El heroísmo parece natural á la humana complexión y el desinterés innato á nuestra misérrima especie. Como siempre, acompañan á los grandes afectos de amor, ideas de sacrificio y de muerte. Las gentes se hacinan de suyo con la cohesión y se inflaman con la rapidez que los granos varios en los grandes montones de pólvora, á los cuales se aplica una mecha encendida. Las noticias tienen alas que sacuden con sacudimiento igual todas las conciencias. Así aun no se sabía la infamia del banquete, cuando ya se adivinaba por el pueblo entero su castigo; irse al conspirador Versalles y traerse la monarquía y la Asamblea al revolucionario París. Una de esas mujeres de club, que tanta influencia ejercen sobre las muchedumbres de aluvión, coge un tambor y toca ruidosamente á generala. Las mujeres, como si aquel ruido llamase á las puertas de su corazón, salen á la calle y piden pan. Los hombres las siguen avergonzados de no igualarlas en valor y gritan: ¡á Versalles! El furor, que en los airados rostros se retrata; los clamores, que llenan los aires con el estruendo de una tempestad y de un huracán; el discorde vibrar de las armas; varias, dispares, disformes, como indicando que las fuerzas sociales se entregan á merced de la casualidad y sus caprichos; las vestiduras desarrapadas de unos, la amarillez mortal de la



III Felipe G. Rojas Madrid

LOS SAILES DE LA CORTE.—LUIS XV.

CAPILLA ALFONCINA
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS
D. A. N. B. I.

miseria en otros, el hervor de las pasiones en todos; éstos movidos por una idea y aquéllos por una venganza; algunos agitados por la epilepsia de la inspiración como las pitonisas y los oráculos; los más por móviles vulgares, forman á una con su mirada de fuego, con sus voces de amenaza, con sus gestos de terror, con sus armas de varios tamaños y aspectos, con sus ideas confusas, algo que á las furias encerradas en los elementos desencadenados y á las fuerzas destructoras en las catástrofes inmensas de la tierra se acerca, no solamente por su magnitud increíble, sino también por su fatalidad incontrastable. Las puertas de la Casa de la Ciudad ceden á su empuje, como pudieran ceder al empuje de extraordinaria inundación, y llévanse las armas allí almacenadas como en impetuosa corriente. Lafayette, que es casi una leyenda en la fantasía universal; aquel caballero sin tacha que se ha puesto á servicio del pueblo y que ha ido á combatir en las cruzadas democráticas, á la manera que sus antepasados en las cruzadas religiosas; conservando su educación distinguidísima y sus modales aristocráticos en medio de la plebe; más prestigioso para las muchedumbres que ningún otro de humilde estirpe, por no haberse criado en su seno ni engrandecido á su vista, se aparece en éste, como en casi todos los conflictos, para libertar al pueblo de un crimen y al trono de un desacato; pero tuvo que ceder al cabo de siete horas, y que ponerse á la cabeza de los mismos á quienes había combatido, para contenerlos, puesto que no pudiera contrastarlos. Y la multitud se encaminó hacia Versalles como pudiera encaminarse hacia un campo feraz la nube que relampaguea y que truena.

Un conjunto de circunstancias increíbles condensa la tempestad. Los hambrientos requieren desesperados pan, ó distracción, por lo menos, á su hambre. Los revolucionarios por sistema encuentran en los rumores extendidos acerca de las orgías versallesas motivos para sus agitaciones, sentidas y manifestadas sin pretexto mil veces. Un vencedor de la Bastilla se pone al frente del subvertivo mujerío, que lo sigue imaginando seguir por los prestigios de tal triunfador, obedientes á un ideal, en la hora misma de obedecer á su corazón y sexo. Los guardias franceses, reemplazados en Versalles por las compañías suizas y por los guardias de Corps, muy celosos de estos últimos, piden puesto para desahogar sus corazones y arremeter con los que han pisado la escarapela tricolor, cohonestando con el culto á la patria el apego á sus intereses y el desquite de sus odios. Cien oradores, subidos en las mesas y en los guardacantones lanzan, unas veces con sus voces y otras con sus gestos, allí donde no llegaba la voz, sobre tantas muchedumbres encrespadas, torrentes de revolucionaria electricidad. En la plaza del Municipio la multitud no podía contarse; y así, al llegar al Jardín de las Tullerías y al amplio espacio llamado plaza de Luis XV, parecían un mar. Muchos de los lanzados á subversión semejante, agitaban, como si quisieran justificar aquel acto, los periódicos cuyas páginas referían el espectáculo presentado por los oficiales del regimiento de Flandes en la cena realista. Mientras tanto el Congreso está reunido. Entre las palabras que dicen los diputados entre si

CAPITULO ALFONSO

D. A. N. D. I.